

V. Blasco Ibáñez
Dos peligros
(*Vida Nueva*, 29-1-1899)

Si al Gobierno le dijera la prensa que los anarquistas Fulano y Zutano se reunían en determinado sitio para preparar uno de esos atentados bárbaros en los que cifran el triunfo de sus ideales, es indudable que sin pérdida de tiempo metería en la cárcel a los aludidos y los castigaría con arreglo a las leyes que ha fabricado la sociedad para su tranquilidad y defensa.

Pero todos los días sabe por los periódicos que los carlistas se agitan y se reúnen preparando una nueva guerra civil, y hasta la hora presente no hay noticia de que algún siervo de don Carlos esté en la cárcel, ni de que se hayan tomado precauciones para evitar ese peligro que amenaza la tranquilidad nacional.

—¿Pero es que los carlistas son iguales a los anarquistas? —dirán muchos al leer esto.

No, no son iguales. Aunque los anarquistas resulten repugnantes por sus crímenes, no por esto hay que faltarles ni exagerar su maldad injustamente, hasta el punto de nivelarlos con los carlistas, que están en un escalón más abajo. Hay entre unos y unos diferencias dignas de ser tenidas en cuenta.

Los anarquistas terroristas son unas cuantas docenas de malvados, y los carlistas ascienden a muchos miles; de lo que resulta que más terribles son estos que aquellos, porque a mayor número, mayores crímenes.

Los anarquistas, enemigos de la propiedad y proclamando la extravagante teoría de que el robo es una restitución, no han despojado aún a ninguna de sus víctimas, como lo hicieron los carlistas robando en Cuenca, en Sagunto y en otros pueblos infortunados que cayeron en su poder.

El terrorismo ha causado muchas víctimas; pero su número, con ser aterrador, resulta insignificante comparado con los centenares de infelices que cayeron asesinados por Rosa Samaniego, Cucala, Savalls y otros bandidos puestos al servicio de la «santa causa».

Las bombas de dinamita han destrozado y muerto de un solo golpe, lanzando instantáneamente a los infelices predestinados de la alegría de la vida al anonadamiento de la tumba, y los carlista, cuando han visto entre sus manos un liberal, lo han martirizado, cortándole las orejas, sajiéndole el vientre, achicharrándolo vivo junto a la sima de Igúzquiza, o atentando al sagrado respeto que inspira el moribundo, han hecho que la caballería pasase varias veces en Bechí sobre los fusilados, aplastando con sus

herraduras los palpitantes cuerpos, mientras el requeté se divertía revolviendo con sus bayonetas el montón de víctimas, como la paja en la era.

No; el anarquismo, con ser tan horrible, con inspirar general execración, resulta menos malo que ese carlismo cuyos manejos mira el Gobierno con vergonzosa tranquilidad.

Terroristas y carlistas son los representantes de los dos polos de la barbarie: los unos preparan hecatombes para aterrar la sociedad acelerando la llegada a un porvenir utópico; los otros asesinan en nombre de la tradición, deseando que el mundo retroceda hacia un pasado que no conocen, pues ignoran la historia, pero que se imaginan como Arcadia feliz, influidos por las predicaciones de fanáticos sacerdotes y de aventureros sin conciencia.

Unos y otros son igualmente peligrosos; pero hasta en ese peligro surge también diferencia, pues la bomba de dinamita o el atentado contra un político aterra a la nación durante algunos días, pero no deja en suspenso la vida pública; mientras que la guerra carlista durante meses y años pone yermos los campos, mata la industria, dificulta el comercio y deja como herencia al país la ruina y el hambre.

Aparte de estas diferencias, son iguales en su modo de ser el anarquismo y el carlismo. Existen entre ambos mutuas y misteriosas afinidades de barbarie y pasión sanguinaria de las que no se dan cuenta los mismos sectarios. Por algo resulta que muchos anarquistas fueron educados en su juventud en la fanática escuela de jesuitas y frailes, y el monstruoso Salvador, que arrojó cobardemente las bombas en el Liceo de Barcelona, había sido carlista en sus mocedades, militando en una horda del pretendiente.

Es la tendencia a la barbarie, el irresistible impulso a la destrucción sin objeto que reside en sus cerebros como una fatalidad y les empuja a uno u otro campo. Si son obreros en las ciudades, el instinto del mal les lleva a ser terroristas en nombre de un falso progreso; si viven en el campo, la barbarie nativa les empuja al carlismo, que justifica y encubre en nombre de sagrados intereses toda clase de crímenes y brutalidades. Total, el mismo resultado: tan asesinos son unos como otros. No hay más diferencia que la que existe entre la bomba y el trabuco y entre el hecho de que el terrorista casi nunca huye, paga con su piel y va al cadalso, mientras que el carlista tiene todo su corazón en la alpargata y escapa al columbrar a lo lejos el pantalón rojo del soldado, que simboliza la persecución del crimen, la ley, la justicia y el castigo.

El anarquista es ateo, pero el católico carlista no cree en el Dios que agonizaba sobre la cumbre del Gólgota, sellando con su martirio la

fraternidad de los hombres y pidiendo el perdón de sus enemigos, sino en otro, invención suya, implacable, feroz y sanguinario: el Dios en cuyo honor fue empalado Campanella, atropellado Galileo, carbonizados Huss, Savonarola, Bruno y Dolet, y pasadas a cuchillo las ciudades de la Provenza; divinidad pavorosa, como el Baal de los fenicios, que sonrío a la vista de la sangre y no conoce perfume más grato que el hollín humano, el chirriar de la carne en las hogueras de la Inquisición. Y algo va del ateísmo, que se contenta con negar tercamente, a la sombría devoción que anhela el asesinato.

Inútil es seguir comparando el fanatismo terrorista con la ferocidad del carlismo. Saldría este perdiendo en toda comparación.

Odiarnos al anarquismo, porque este representa la destrucción sin objeto y sin finalidad, y también por el daño que nos ha causado. Si los monárquicos se lamentan por la pérdida de Cánovas, nosotros aún lloramos el asesinato de Carnot, el republicano puro y virtuoso.

Pero puestos a comparar imparcialmente, no encontramos entre los asesinos terroristas, con ser muchos de ellos seres repugnantes, uno solo que esté a tan bajo nivel como los «héroes» del carlismo.

¿Quién puede ser comparado, sin que se revuelva en la tumba, con la feroz doña Blanca, aquella sanguinaria mujerzuela que en el saqueo de Cuenca, olvidando el pudor y la dulzura de su sexo, celebraba con risas las «bromitas» de sus zuavos, los cuales se expansionaban violando las esposas en presencia de sus familias y arrancando enfermos de sus camas para fusilarlos?

La sangre derramada en el Liceo y en la calle de Cambios Nuevos, con ser de seres inocentes, ¿no resulta insignificante gota comparada con los torrentes que ha hecho derramar el carlismo antes de ser vencido y con los asesinatos de ancianas mujeres y hasta niños que han realizado en todas partes los esbirros del Pretendiente?

No comprendemos la indiferencia del Gobierno ante los manejos del carlismo.

El que se prepara para salir al campo en nombre de don Carlos es tan digno de represión como el que proyecta arrojar una bomba. Tan asesino es uno como otro; y si el dinamitero está fuera de todo derecho, de todo respeto, y merece ser perseguido como alimaña venenosa, el carlista que sueña en resucitar los horrores de otras guerras, que, relatados ahora, causan el efecto de una pesadilla sangrienta, y anhela ocultar bajo una bandera su afán de destrucción y de medro, debe ser tratado como el lobo hambriento que de repente salta en medio del camino.